

seos y sus mas arraigadas creencias, descubrimos en nosotros mismos el gérmen y las prendas de la inmortalidad: veamos si del conocimiento de Dios y de sus perfecciones no nacen reflexiones aun mas convincentes.

Atreverse á decir que no hay Dios, es un extremo monstruoso al que el entendimiento del hombre no se entrega jamas sin zozobra y sin inquietud: ¿y cuál es el ateo que está íntimamente convencido de su ateismo? Sus mismas blasfemias publican la fe oculta en el fondo de su corazon, y sus frecuentes discursos contra la Divinidad descubren el terror que le inspira. Montesquieu ha dicho: „El hombre piadoso y „el ateo hablan continuamente de la religion: „el uno habla de lo que ama, y el otro de lo que „teme.” No: el ateismo, señores, no es una opinion; es sí un delirio, un furor.

Reconocer un Dios sin Providencia es una inconsecuencia grosera; es hacer de Dios un rey sin vasallos, un señor sin autoridad, un padre sin bondad, y un legislador sin plan ni sabiduría, que abandona su obra y sus leyes á los caprichos del acaso; luego hay un Dios que gobierna al género humano y que preside á sus destinos con tanta sabiduría como justicia. ¿Y cómo podriamos sin embargo reconocer en es-

te mundo al Dios justo y sabio, si este mundo no estuviese enlazado con otro mundo futuro?

¿Y qué exige en este caso la justicia divina? La razon nos dice que Dios, justo apreciador de todas las cosas, no puede mirar del mismo modo al parricida que al hijo sumiso; al amigo fiel que al pérfido; al desapiadado avaro que al corazon generoso; al horrible homicida que al libertador de su semejante: pensar de otra manera sería suponer á Dios ménos perfecto que el hombre, pues este á pesar de los defectos de su naturaleza, no puede menos de sentir un secreto horror al vicio, aun en el momento mismo en que tiene la debilidad de entregarse á él, y un amor oculto á la virtud, aun cuando no tenga valor para practicarla. Sí, mi conciencia misma me dice que la virtud es apreciable, digna de elogios y de recompensas, y el vicio despreciable y digno de oprobio y de castigo: este es el grito de la naturaleza, y esta es la idea de justicia impresa en nuestras almas. De este modo, y por una serie de ideas encadenadas unas con otras vengo á parar en que no hay Dios sin justicia, ni justicia sin recompensas para la virtud y castigo para el vicio.

Pero en vano buscamos sobre la tierra este orden de cosas, el único conforme á la rigurosa

equidad. Es cierto que Dios para animar á los buenos y aterrar á los malos, para advertir mas palpablemente á los hombres que su Providencia vela sobre ellos, y hacerles presentir lo que les espera, hace alguna vez brillar su justicia en el hombre de bien colmándole de prosperidades, y en el culpable descargando sobre él golpes tan espantosos y visibles, que es imposible desconocerla. Mas de una vez enfermedades vergonzosas y crueles, disgustos mortales, pesares roedores y una ruina total y repentina hacen sentir á los culpables la mano vengadora que pesa sobre su cabeza; pero á pesar de todos los ejemplos de esta clase es preciso convenir en que si la vida presente no estuviese enlazada con otro orden de cosas, este mundo no seria mas que un caos, un enigma inconcebible y un perpetuo desorden que clamaria contra la Providencia y contra su justicia. ¿Qué nos presenta la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos? Bien frecuentemente desconocidas las virtudes, honrados los vicios, delitos sustraídos á la cuchilla de la justicia humana, familias arruinadas por la mala fe, víctimas desgraciadas de la envidia y del odio, la inocencia gimiendo en las prisiones, y la virtud pereciendo en los cadalsos. Son tan repugnantes estos

desórdenes, que las almas débiles é impacientes han tomado de ellos ocasion para blasfemar contra la Providencia, y mirarla como indiferente al gobierno de las cosas humanas, para creer perdidos los esfuerzos del hombre de bien, y exclamar como aquel Romano vencido en los campos de Filipo: *¡O virtud, no eres mas que un fantasma!* Jamas, señores, es cierto, saldrá de nuestra boca semejante impiedad, y ménos aun se abrigará en nuestro corazon. Esos desórdenes que resaltan por todas partes á nuestra vista, deben recordarnos el orden eterno de que Dios es origen: yo sé que existen en los tesoros de su omnipotencia medios de reparar cuanto hay desarreglado en este mundo: me arrojo al seno de la eternidad, y dirigiendo desde allí mis miradas sobre la tierra, la veo en su verdadero punto de vista; desde allí reconozco que lo que parece en ella mas discordante, forma parte de la armonía universal por su enlace con los designios infinitos de aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. Los trabajos del hombre virtuoso no son á mi vista injusticias, sino pruebas y combates que conducen á la gloria: y cuando comparo lo que padece con la corona que le está preparada, solo veo ya en sus aflicciones las angustias de una

alma que se labra su inmortalidad; y esto es lo que ha querido decirnos el Sabio en aquellas graves palabras (1): „He visto bajo del sol la „impiedad en lugar del juicio, la iniquidad en el „puesto de la justicia, y he dicho luego en mi „corazon: Dios juzgará al justo y al impío, y en „tónces será el tiempo de ordenar todas las co- „sas.”

Pero se dirá tal vez: ¿por qué recurrir á la otra vida para justificar á la Providencia? Si buscáis recompensas para la virtud, las hallaréis en la paz y en el testimonio de una buena conciencia; y si castigos para el vicio, los encontraréis en los remordimientos inseparables de él; pero esto no es mas que un vano sistema por el cual es imposible salvar la justicia divina, y cuya futilidad vamos á haceros conocer. No es la justicia de Dios como la de los hombres, pues es infinita como su poder. Es digno del que todo lo conoce y lo puede, premiar todo lo bueno y castigar todo lo malo; destinar recompensas á la virtud, y al vicio castigos indefectibles, suficientes y asignados con medida y proporcion, lo que no seria si todo se redujese á la paz del alma en los jus-

(1) Ecclesiast. III. 17.

tos, y á los remordimientos en los culpables.

Quereis primeramente que la paz del alma sea el único premio de la virtud; pero esta paz no es siempre inseparable de ella, y hay corazones virtuosos que viven sobresaltados, y que tímidos hasta el extremo, temen en donde nada hay que temer: la delicadeza de su conciencia es su tormento: la imaginacion los asusta con fantasmas, y les pinta los mas ligeros defectos con los colores de los vicios mas feos, convirtiendo de este modo en mal lo que es un bien: así la paz se desvanece entre las borrascas de una alma agitada, y con ella tambien lo que creéis ser la única recompensa de la virtud. Es preciso ademas que la recompensa sea proporcionada al mérito; y sin embargo esta regla de equidad se encuentra violada á cada paso en este mundo. En efecto, esa paz de la conciencia acompaña tambien virtudes que aunque sólidas, son ménos penosas á la naturaleza; ¿y cuál será en este caso la recompensa de las virtudes mas sublimes y mas difíciles? Voy á explicarme: nace un hombre con felices inclinaciones; apacible, modesto y dueño de sí mismo, por temperamento practica natural y fácilmente la virtud; mientras que agitado otro de pasiones violentas, tiene nece-

sidad de ser pacífico en medio de los arrebatos de un carácter fogoso, continente a pesar de la impetuosidad de sus deseos, y modesto en medio de la fama de un renombre esclarecido. Si uno y otro son virtuosos, gozarán ambos igualmente de la paz del alma sobre la tierra; pero el uno tiene mas obstáculos que vencer, mas triunfos que conseguir sobre sí mismo: su fidelidad es mucho más difícil, y mucho mas meritoria por consiguiente su virtud y digna de mayor recompensa: sin embargo esta seria la misma si solo consistiese en la paz del corazón. Pero todavía hay otra reflexion de la mayor fuerza: cuando el hombre de bien muere por su deber, cuando hace el sacrificio de sus dias mas bien que el de su conciencia, entónces es cuando se hace mas agradable á su Criador, y mas digno de sus favores: pero si no hubiese otro premio para su virtud que la tranquilidad de su conciencia, ¿en dónde recibiria la recompensa de su heroismo? ¿Bajará con él al sepulcro la paz de su alma? Suponeos colocados entre la prevaricacion y la muerte, y que en este caso os manda Dios morir por complacerle: ¿será preciso que ejecuteis sin esperanza de recompensa alguna este último acto de vuestra vida, que corona todos los demas, y es

el mas meritorio de todos? ¿Habria cosa mas injusta? No: ó Dios no os manda morir por vuestro deber, ó es preciso que premie una obediencia manifestada hasta con la muerte: ¿y en dónde, repito, se recibirá el premio si todo acaba al morir?

No está mejor fundado el limitar el castigo del vicio á los remordimientos. Convengo en que el delincuente halla su primer castigo en la acusacion de su propia conciencia; pero si los remordimientos fuesen su única pena, entónces los mas delincuentes serian por lo comun los ménos castigados, porque sabrian mejor que los otros sufocar los gritos de su conciencia bajo del peso de la multitud de sus crímenes. La primera falta es á la que se sigue el remordimiento mas agudo; despues es demasiado frecuente familiarizarse con el vicio, y debilitarse los remordimientos á medida que el hombre se entrega á él, acabando segun el language de los libros sagrados, por tragar la iniquidad como el agua: por tanto si los remordimientos son la única pena del vicio, falta toda la proporcion entre el delito y el castigo, y para decirlo de una vez, los remordimientos no serian mas que una preocupacion ridícula, de la que seria preciso libertarse, si no hubiera nada que temer mas

allá del sepulcro. Yo bien concibo por que una alma puede tener remordimientos interin está penetrada del temor de un Dios vengador; pero si este temor se debilita o se apaga, es preciso que con él se debilite y apague tambien el remordimiento. Por esto tienen los grandes criminales una secreta inclinacion á las doctrinas del fatalismo, igualmente que á las del materialismo; pues presentándoles las unas sus crímenes como necesarios, se dirigen á libertarlos de los remordimientos, al paso que las otras les ofrecen la impunidad haciendo morir juntos el alma y el cuerpo. Libres así de todos los terrores de una vida futura, podrán muy bien temer el suplicio ó el oprobio, pero no sentirán los remordimientos. Por otra parte ¿no sabemos que el culpable se disfraza mas de una vez á sí mismo la injusticia y la enormidad de sus acciones, que los crímenes afortunados dejan de serlo á sus ojos, y que los excesos mas escandalosos no parecen tales cuando se los ve al traves del prestigio de la gloria? ¿Y creémos de buena fe que algunos ligeros remordimientos sean suficiente castigo de acciones que pueden causar la ruina de las familias, de las generaciones y de las naciones enteras?

Hay en fin un delito particular que queda-

ria impune en el sistema que combatimos: hablo, señores, de ese crimen raro en otro tiempo y demasiado comun en nuestros dias, espanto de la sociedad y escándalo de las costumbres, del *suicidio*. Si no hay mas castigo para el crimen que los remordimientos, ¿cuál será el de ese hombre que debiéndose á la sociedad que le ha alimentado en su seno y ha velado por la conservacion de su dias, á su familia con la que ha contraido obligaciones, y sobre todo á Dios que le ha dado la vida y es el único que tiene derecho de quitársela, se la arranca sin embargo á sí mismo con desprecio de todas las obligaciones, divinas y humanas, echando acaso con este último atentado el sello á una vida del todo criminal, á ménos que no le cometa estando demente ó privado de su libre albedrío? Si su alma ya no vive, segun pretendeis, ¿cómo podrán obrar los remordimientos en lo que está reducido á la nada? Concluyamos pues, señores, diciendo que la paz que consueta al justo, y los remordimientos que atormentán al malvado, empiezan en este mundo la diferencia que debe hacerse un dia con mas esplendor y exactitud, y son el prelude, no la medida de la justicia divina: de este modo los consuelos de la virtud, y las amar-

guras del vicio en vida establecen mas bien que destruyen la doctrina de la vida futura.

No se alegue tampoco que la justicia divina quedaria satisfecha con el aniquilamiento del culpable: ¡vano subterfugio! La justicia divina debe ejercerse de un modo capaz de intimidar al hombre, de contenerle en su deber ó atraerle á él: los malvados no tendrían ciertamente temor alguno si contasen con seguridad con el recurso, aunque miserable, de su aniquilamiento. Por otra parte, ¿no deben las penas aplicarse con equidad, y graduarse por el número, la naturaleza y la gravedad de las faltas, de modo que haya desigualdad en los castigos, cuando la hay en los delitos? ¿Podrá la soberana justicia confundir un simple robo con un parricidio? Sin embargo los delitos serian igualmente castigados si la aniquilacion fuese la pena comun á todos.

Descendamos aun por un momento al fondo del coraron humano, y profundicemos las ideas que debemos formarnos de la Providencia en el gobierno de este mundo. El temor y la esperanza son como los dos polos del mundo moral; todo camina y gira sobre éstos dos sentimientos; ellos son los que establecen y perpetúan la subordinacion y el orden en la sociedad

lo mismo que en las familias, y en los ejércitos como en las ciudades. El corazon del hombre está lleno á un mismo tiempo de deseos y de debilidades, y necesita ser estimulado por la esperanza y contenido por el temor. Manifiestadle el premio de la virtud si quereis que la practique, y el castigo del vicio si quereis que le evite. ¿Qué se pensaria de un capitán que tratase al soldado cobarde del mismo modo que al esforzado? ¿Qué de un legislador que despues de haber publicado un código de leyes las abandonase al capricho de cada uno, y no ofreciese ningun motivo poderoso para ser fiel á ellas, ni supiese animar con promesas á los obedientes, é intimidar con amenazas á los infractores? Destituidas entónces las leyes de su necesaria sancion, ¿no quedarian sin fuerza y sin autoridad? ¡Y se quiere que Dios, supremo legislador, abandone sus leyes á la voluntad de cada uno, que no vea ni la fidelidad ni la rebelion; y que los unos las observen sin utilidad, y los otros las violen impunemente! Si esto fuese así, nada habria hecho para asegurar el imperio de ellas, y su obra seria tan indigna de su sabiduria como de su justicia.

Yo bien sé que un amor desenfrenado de independencia nos hace enemigos de toda regla, y

que quisiéramos sacudir su yugo. Encadenando la Providencia á nuestros deseos, le permitimos que pueda preparar recompensas á la virtud; pero nos irritamos con la idea del castigo, y queremos esperarlo todo de su bondad, sin temer nada de su justicia; pero su justicia y su sabiduría nunca la abandonan: tienen sus derechos como los tiene su bondad, y es preciso que brillen en sus obras, y aseguren la ejecucion de las leyes y de las obligaciones que Dios nos impone: mas una y otra quedarian violadas, como dejo probado, si la nada fuese la única pena de los malvades.

Es pues cierto, señores, que el sepulcro no es el término de la vida humana; que lo que vive y piensa en nosotros no muere; que este corazon que suspira por la felicidad, y esta inteligencia que anhela por la verdad, serán en fin satisfechos. Sí, léjos de nosotros ese materialismo que mantiene al hombre encorvado hácia la tierra, hácia esa tierra que solo tocamos con la extremidad del cuerpo, como para enseñarnos á despreciarla. ¡Cuán consolador y sublime es el destino del hombre llamado á vivir mas allá de los tiempos! No hablo de esa inmortalidad concedida en el mundo á la memoria de aquellos que se han hecho ilustres por su inge-

nio y sus tareas, y que solo es una vana imagen de la verdadera inmortalidad que debe ser el patrimonio de la virtud. Arrebatado el poeta romano de la belleza de sus obras, se atrevia á exclamar en su entusiasmo lírico (1): „Acabo de erigir un monumento mas duradero que el „bronce; yo no moriré todo entero,“ *non omnis moriar*. Tenia razon, señores: su nombre vive aun en la memoria de los hombres: ¿pero qué influyen en su dicha los elogios de la posteridad? El se prometia una gloria de que no debia gozar, y nosotros anunciamos una gloria inmortal que ha de disfrutar el que observe la virtud. ¡Qué nueva luz derrama este pensamiento sobre todas las cosas humanas! Ella en efecto me descubre que este mundo no es mas que un espectáculo de máquinas organizadas por cierto tiempo, que se romperán un dia para siempre, y con las que el Criador juega y se divierte: veo tambien por el contrario que el Ser infinito se ha propuesto fines dignos de su infinidad, que no se arrepiente de los dones que ha concedido á nuestra alma, y que despues de haberle dado el poder de conocerle y glorificarle, quiere realmente ser conocido y glorificado por ella para siempre. La antigüedad profana imaginó un sa-

(1) Horat. *Carmin.* lib. III, Oda 30.

bio á quien nunca vió, que permaneciese inmóvil en medio de las ruinas del universo (1); pero esta idea se verifica en el justo á quien sostiene y anima la esperanza de una dichosa inmortalidad. Agiten entónces la tierra mil sacudimientos diferentes, conmuévase y caiga todo á su rededor: elevado él sobre las cosas creadas, solo contempla las cosas eternas; la última desgracia que puede sucederle es morir; ¿pero qué le importa la muerte si su alma es inmortal? De este modo el dogma de la inmortalidad del alma consuela la desgracia, reanima la virtud, reprime el vicio, justifica á la Providencia, explica al hombre y el mundo moral, y es como una cadena misteriosa, que baja desde el trono del Criador hasta nosotros para unir la tierra al cielo, al hombre á su Dios, y el tiempo á la eternidad.

(1) Horat. *Carm.* Lib. III, Oda 3.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.
DISCURSO DE INTRODUCCION.....	1
1.º <i>Motivo y objeto de estas conferencias...</i>	5
2.º <i>Su forma y carácter particular.....</i>	20
DE LA VERDAD.....	35
1.º <i>¿Es preciso admitir primeras verdades, y cual es su carácter?.....</i>	39
2.º <i>¿Es preciso admitir verdades de deducción, y qué medios tenemos para conocerlas?.....</i>	47
DE LAS CAUSAS DE NUESTROS ERRORES.....	68
1.º <i>La debilidad de la razon.....</i>	71
2.º <i>La ignorancia.....</i>	73
3.º <i>Los conocimientos imperfectos.....</i>	74
4.º <i>La ciencia misma.....</i>	76
5.º <i>La falsa aplicacion de los principios de verdad.....</i>	78
6.º <i>La preocupacion.....</i>	80
7.º <i>El espíritu de curiosidad.....</i>	85